

De su palabra, de su ademán, de su ser entero, emana esa seguridad que es la mansedumbre de la bravura. Y como nada hay más próximo del valor que la honradez, su mano que viene franca, tendida con desembarazo varonil, trae al ánimo del interlocutor la confianza. No se le advierte ni el amago de esa insinuación ondulosa que bajo la seda de la palabra clerical almizcla un deslizamiento de reptil, camino de la conciencia. Su sotana escarlata, cubierta por lo demás con un sencillito redingote, no ostenta, a lo que se ve, la cola romana...

Sin embargo, cuando habla de las infructuosas luchas que por el resguardo de su catedral debió sostener con el comando enemigo, nos dice, refiriéndose al Papa:

—El, que es nuestro general, hábame confiado ese puesto de guardia y yo debía sostenerlo hasta el fin.

Claro es que, por mi parte, no vine a buscar en ese prelado católico la impresión del cisma con que muchos contaban cuando el Vaticano cometió su gran traición de la neutralidad, visiblemente simpática al Kaiser luterano. Habría sido una infame acción, y mis amigos de allá saben desde el tiempo de la guerra que nunca creí en tal cisma. Este acto, dije y escribí entonces, es una manifestación de vitalidad que no cuadra al cristianismo ya decrepito.

Lo que deseo oír es lo que el prelado narra: Cómo, a pesar de todas las seguridades, en cuya virtud no se empleaba la catedral en operaciones de guerra, el comando alemán la bombardeaba diariamente.

Sostenía, dice, que los franceses acechaban desde el techo y las torres. Y así lo creería de buena fe puesto que lo afirmaba. Pero yo declaro, a mi vez, que no era cierto. Yo no sabría mentir por patriotismo, y cuando lo digo es porque fué así.

Advierta el lector estas dos expresiones de elevada moralidad que transcribo directamente, pues por lo mismo se me quedaron, aun cuando salieron de paso en la conversación: «Hay que creer en la buena fe del que afirma, así sea el enemigo», y «no se debe mentir por patriotismo». Nada hay superior a la verdad, ha dicho la moral de todos los tiempos.

—Para evitar equívocos,—prosigue el cardenal—avisé a los alemanes que con objeto de salvar algunos trozos de antiguas vidrietas en el edificio medio destruído subían a las ventanas, ostensiblemente, algunos obreros. Es de inferir que no lo creyeran, pues siguieron bombardeando bajo el consabido pretexto. Luego sostuvieron haber visto durante la noche señales luminosas en lo alto del edificio. Agujereado éste de parte a parte por enor-

mes brechas, es de creer que las luces de algunas casas situadas detrás aparecieran como interiores, dada la conocida ilusión óptica que altera la noción de distancia en las sombras nocturnas y el efecto telescópico de toda masa aspillerada. Hay también otra conjetura atendible: atormentados por el hambre, algunos vecinos pudieron trepar los escombros, provistos de linternas sordas, en busca de las palomas que los obuses no habían podido ahuyentar y que se obstinaban en seguir allí anidando...

Es evidente—concluye—que hubo el propósito de destruir, y todos mis afanes para impedirlo fueron inútiles.

LOS ATORMENTADOS

EL BEODO

Vivo una vida miserable, completamente
[artificial].
Manda en mis actos no el cerebro sino la
[médula espinal].
Mi cuerpo se ha hecho transparente como
[una copa de cristal]
y transparenta una alma loca, sin la noción
[de bien ni mal],
en la que ha muerto ha tiempo el hombre y
[sobrevive el animal].

EL AMANTE

Una vez la miré, sin otra ropa
que la tela de vidrio de una fuente.
Mi amor para alcanzarla fué impotente
y mi alma de cristal, que era una copa,
se llenó de tristeza eternamente.

EL DEMENTE

Sombra es enfermedad. Las almas sanas
son luminosas como las ventanas.
La dicha es la bondad. Las almas buenas
son sin dolor como las azucenas.
Todas las almas blancas son serenas.

En mí existieron floraciones malas;
hubo en mi corazón cortezas duras;
y un día en mi razón sentí unas alas,
unas alas obscuras,
que se llevaron todas las escalas
y me dejaron todas las locuras.

Mis brazos abrí en cruz, como un arbusto
seco, sin una queja ni un reproche.
Porque hay pecado en mí, yo sé que es justo
que en mí aniden las aves de la noche.

EL TRISTE

Mi alma de cristal es transparente;
pero es como el cristal de la ventana
que recibe las luces del Poniente.
Deja pasar la rubia
procesión de la luz de la mañana
y oye tocar la lluvia eternamente.
Porque nada hay más triste que la lluvia
cuando llama al cristal de una ventana.

EL POETA

De todas esas almas de cristales
recogí los dolores inmortales.
Nada más doloroso que yo existe.
Yo soy amante, beodo, loco y triste.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ.

(Del tomo *Los Atormentados*. Guatemala. 1914).

Desgraciadamente el propósito se consumó. La catedral de Reims es una ruina, a mi entender irreparable. Sin duda, ante aquellos hombres obstinados en la conmovedora tarea de rehacer, debí callar esa impresión, ofreciéndoles, como a los deudos de un ser querido, el sufragio de mi silencio. Pero si la propia restauración de las iglesias góticas deterioradas solamente por el tiempo era en gran parte imposible, al tratarse de monumentos de inspiración, donde todo es cosa viva, que una vez caduca ya no puede suplirla el artificio, la intentada reconstrucción pareceme una quimera. Empezaría por requerir siglos, como la misma empresa original, siglos cada vez más incompatibles en su alejamiento con la inspiración vital de la fe ya ausente. Y después, en la decoración escultural, tan necesaria como la misma construcción a la vida gótica, todo sería «pasticcio»: reproducción, tan exacta cual se quiera, pero no engendro. Vaciado de molde, no reproducción. Pues sólo el amor reproduce la vida. La razón profunda de la asimetría gótica está, como la del cuerpo humano, en que se trata de cosas vivas. Así la hoja de piedra, como la del cardo humilde, nunca se repite. Su belleza esencial se funda en eso y la reconstrucción, precisamente, repetiría...

La flora, la fauna, y hasta la teratología góticas, sólo podría engendrarlas el hombre de fe, que amaba por que creía. Ese hombre constituía entonces el pueblo que en masa concurría a alzar aquellos monumentos, populares por excelencia. Ese mismo hombre puede hoy existir, pero como un caso aislado, vale decir impotente, aun cuando se tratara de un artista. Lo que no uno sino docenas de artistas requería la obra de la catedral.

Pero dije construcción, además de decoración, y en aquella estriba la principal dificultad.

La estética del gótico es efectivamente heroica, como que se inspira en el martirio, en la renunciación de todo bien terrenal, en la castidad y en la aventura caballeresca; la estructura de la catedral era, y muchas veces con directa aplicación, la del castillo fortaleza. Y siendo heroica, realizaba en el templo el heroísmo que es una magnífica desmesura entre los medios materiales del héroe y la decisión de su propósito triunfal: estado de ánimo, que ante el análisis frío resulta una paradoja.

Así el templo busca la máxima luz, vaciando los muros con ventanales enormes y descargando el empuje de la bóveda sobre el puntal exterior de los botareles. De esta suerte, la razón del muro es la ventana, no el sostén. La luz se substituye a la masa de la